

La educación actual: ¡se acabaron los estudiantes cultos!

En un artículo aparecido en la revista Debates N° 37 [1], la autora hace un análisis sobre el discurso y el estado de la educación en algunos países europeos, situación en extremo parecida a la de nuestro país. Este hecho no debería sorprendernos mucho, pues es sabido que no sólo en materia educativa, sino en casi todos los ámbitos, somos grandes copiadores. Tal parece que nuestra originalidad se agota en las rebuscadas maneras de enviar coca al extranjero y en las numerosas formas de hacer trampa o "tumbar" a los demás, incluido el estado, que de manera alarmista muestran día a día los noticieros y periódicos. Con todo y la manía de copiar, queda siempre un margen para la originalidad en la educación, por ejemplo, desconozco si esto se ha dado en otros países, pero me parece supremamente original el que un presidente, durante un año lleno de turbulencias políticas, sociales y económicas, se haya sentado a expedir un decreto en el que se obliga a que sólo dos y medio alumnos por curso pueden perder el año escolar, es decir, que la promoción automática en nuestro país viene refrendada por la firma de un presidente que debió pasar sus años escolares "debiendo" los logros de muchas materias (más adelante volveremos sobre esto).

Vamos a tratar de comparar algunos aspectos planteados por la autora del texto, con los que se presentan en nuestro país en este mismo sentido. Al parecer, hasta 1970 se dio en Europa un tipo de educación secundaria que podría caracterizarse así:

"Esta formación se basaba más o menos en los siguientes presupuestos: una persona ilustrada necesita una formación general; la meta de la educación es convertir al alumno en persona culta; los conocimientos sirven para orientar al estudiante en el espacio y en el tiempo, dándole a la vez cierto manejo del lenguaje; se espera del alumno esfuerzos por adquirir los conocimientos en cuestión; si no aprende y aprueba, no puede ser promovido al curso superior; si el alumno no acepta las reglas de conducta, tampoco puede permanecer en el colegio o instituto... El "Ethos" de los estudios se basaba en el respeto por los conocimientos y en el esfuerzo para adquirirlos". [2]

La cita es bastante ilustrativa y casi podríamos comentarla frase por frase. También podría decirse que en nuestro país hasta la década de los setenta se vivió una situación muy similar, pero en los ochenta empezó un declive, sobre cuyo abismo se escriben hoy estas líneas.

No se necesita una visión de águila para observar que a la educación secundaria, y hasta universitaria, les importa muy poco el nivel cultural de los estudiantes; de pocos jóvenes "cultos", en el sentido tradicional del término, podría hablarse hoy. Así, un joven egresado de nuestros colegios, que posea una buena cultura general, es verdaderamente una pieza de museo, fuera de ser el hazmerreír de sus compañeros. Lo triste es que la universidad está en esta misma vía. Un desprecio tajante por lo que los maestros y pedagogos "baratos" llaman la "educación memorística", ha terminado por convertir a las nuevas generaciones en amnésicas, en víctimas de un Alzheimer cultural más devastador que el neurológico, ya que, al menos en este último, los pacientes saborearon las mieles del conocimiento que alguna vez poseyeron, pero en el primer caso, la amnesia se presenta de manera congénita, no es ni siquiera olvido, porque nunca se ha tenido nada en la mente, ¿puede haber algo más atroz que esto? Nuestra educación ha tendido en los últimos años a equiparar conocimiento y memoria, convirtiendo esta segunda facultad en motivo de odios viscerales y de desprecio enconado. Para ilustrar esto, podría decir que no ha sido raro encontrarme en mi práctica docente con estudiantes de las licenciaturas en educación o de las carreras de ciencias sociales, que, aún en los semestres avanzados, muestran una lastimosa cultura general, ejemplo de esto son los estudiantes de séptimo semestre que no saben en qué continente queda Grecia, quién fue Lutero, o cuál fue el sistema económico que se dio en la edad media, entre otras cosas "tontas" por su sencillez, que debería tener en su mente un futuro maestro o profesional de las ciencias sociales.

Resulta sorprendente esta ausencia de conocimientos que hace que los estudiantes no se ubiquen en el tiempo ni en el espacio, haciendo que para ellos sea igual la edad antigua que la moderna, el feudalismo que el esclavismo, la era espacial que la del caballo. Como la memoria ha sido satanizada, nadie debe tener nada en su cabeza, "obligar" al niño o al joven a poseer unos mínimos conocimientos, que le permitan, por ejemplo, escribir una página con coherencia, o hablar dos minutos sobre algo diferente, es considerado un acto salvaje, propio de maestros anticuados y sádicos, que víctimas a su vez de una educación memorística y rígida, se convierten en amos del saber, en "castradores" de niños y jóvenes indefensos a quienes cada segundo, según estadísticas de buena fuente, se les violan sus derechos fundamentales.

En el discurso de nuestra educación, el alumno no necesita saber nada, porque saber implica algún grado de memoria, y ésta, como la peste, debe ser desterrada de las aulas. En este sentido, podría decirse que hay dos palabras prohibidas en los establecimientos educativos de nuestro país, verdaderas palabras tabú que casi no se pronuncian, que se evitan y se temen,

Myriam Ríos Madrid

Pedagoga .Docente del Programa de Psicología
FUNLAMSin título
Enrique Grau

son ellas "memoria" y "disciplina", maestro que las pronuncie, corre serios riesgos.

Igualmente sucede con el manejo del lenguaje, ahora ya no es necesario adquirir un vocabulario que sobrepase las cien palabras con las que puede una persona pedir los alimentos, conversar sobre lo que ve en la televisión, hablar de sexo o presentar un resumen, en caso de que se lo pidan en el colegio o la universidad. Aquí, resulta igual de asombroso el nivel de manejo del lenguaje que presentan los estudiantes de semestres avanzados en la universidad, sólo por citar este caso, pues en el bachillerato no hay por donde arrimar. Como no hemos perdido la capacidad de asombro, nos sorprenden cada día las palabras "difíciles" que suelen encontrar los alumnos en los textos que se ponen a leer en carreras de educación o ciencias sociales, por ejemplo, no saben que es incidir, superfluo, coadyuvante, causalidad o pesquisa, entre otras, palabras todas sencillas que debían formar parte del vocabulario elemental de un profesional en formación. Ni qué decir, de palabras un poco más especializadas como epistemología, presocrático, introspección o dialéctica. Es lógico pensar que con un vocabulario tan corto, pocas cosas pueden decirse o escribirse, porque pocas cosas pueden pensarse.

El discurso que circula aquí, es que, al igual que con el manejo de los conocimientos generales, el alumno sólo necesita de aquello que le permita desenvolverse en la cotidianidad, en lo que la vida le pone cada momento, los datos memorísticos, sean de la índole que sean, y las palabras raras, elaboradas, especializadas, caen en la categoría de cosas inservibles. En este aspecto, la dicotomía parece darse entre teoría – praxis; el discurso nuestro de la educación ha entrado a despreciar profundamente el conocimiento teórico, defendiendo que sólo importa lo práctico, lo que se necesita ya, ahora, en este momento, lo demás es "carreta", basura. En virtud de esto, una obra de Homero o de Sófocles no tiene nada que decirnos porque plantean situaciones que hoy no se le presentan a ningún niño o joven, porque no estamos en la guerra de Troya, ni hay tiempo para tragedias psicoanalíticas. Igualmente, se dice, por ejemplo, sobre la edad media, para qué saber de eso si hoy no se da tal "oscuridad", o, si la revolución francesa ya pasó y fue hecha por burgueses asquerosos, para qué, los pobres muchachos de este pobre país, van a querer saber nada de eso; la misma historia del país se ha olvidado, por el mero hecho de ser historia y no servir, según los actuales pedagogos y maestros, para nada. Nada, absolutamente nada les sirve a las nuevas generaciones porque en la práctica no se verán inmersos en situaciones similares y porque, entre otras cosas, el pasado con su acumulación de arrugas y años, debe permanecer en el cesto de basura de la historia.

Igualmente, para expresar lo que en su cotidianidad un joven necesita decir, sólo con unas cuantas palabras basta. Donde no hay, ni se necesita reflexión, análisis y juicio crítico, para qué tanta palabrería, parecen pensar quienes elaboran los currículos, quienes los aplican, y, por supuesto, quienes estudian.

Otro asunto, que puede ser bastante controvertido, tiene que ver con el esfuerzo personal del estudiante. Tanto en Europa, como en nuestro país, hasta hace algunos años, lograr un título, fuera de bachillerato o de universidad, era un asunto de esfuerzo, requería dedicación, compromiso y disciplina personal. De un tiempo para acá, no. El esfuerzo académico ha pasado a ser algo tan despreciado como la honradez o la fidelidad. En los colegios, quienes se esfuerzan en el estudio son tachados de "nerds", palabra que remite a patología, los nerds son, pues, enfermos aquejados de una patología grave que no los deja disfrutar la vida y que los condena a la reclusión en las aulas y fríos cuartos de estudio, mientras sus pares, sanos en todo sentido, disfrutan la vida que late afuera de estos antros.

El estudiante que se esfuerza es blanco de burlas, de apodos y de chistes, ya que se encuentra desfasado, su conducta es anacrónica y ridícula. En el caso de nuestro bachillerato, volviendo al decreto presidencial (decreto 230), es claro que por ley, prácticamente todos los alumnos, aunque hayan perdido muchas materias, deben ser promovidos al año siguiente, ya que las instituciones no pueden exceder el 5% de pérdida que tal decreto permite. Esto lo saben los estudiantes y padres de familia quienes viven felices con la medida gubernamental. Sólo se necesita una reflexión sencilla, tan sencilla como la que podría hacer el gato doméstico que duerme plácidamente en el sofá: "si me sirven la comida tantas veces al día, para qué voy a esforzarme en salir a cazar", para darse cuenta que lo mismo piensan los jóvenes y niños del país; "si de todas maneras voy a ser promovido, para qué esforzarme tanto". Es esta una verdad de Perogrullo, para qué el esfuerzo, si éste no es necesario para alcanzar algo. Lo triste, es que este elogio del menor esfuerzo esté llegando a las universidades, en las que cada vez se vuelven más blandas las legislaciones educativas, más pobres los currículos, se suprimen los prerrequisitos y se merman los niveles de exigencia en general.

Siguiendo con la cita, podría enunciarse que ningún factor es tan elocuente para darnos una idea del discurso que impregna la educación en nuestro país, como el de la disciplina o reglas básicas de conducta que el estudiante debe observar como condición para permanecer en la institución. En esto, Colombia está en un nivel aún más perverso que el de Europa. Hay que hablar en pasado, el alumno "debía" observar reglas, ahora ya no, qué importa que no obedezca las pocas reglas que se ponen, por sobre todo, aún por sobre los demás, él tiene derechos absolutos que nada ni nadie le pueden quitar, uno de ellos, es el de permanecer, a toda costa, en la institución.

Para nadie es un secreto, aunque muchos lo nieguen o intenten desconocerlo, que la mayoría de las instituciones educativas, al menos en los estratos bajos, se han convertido en sitios de reclusión temporal en los que padres de familia dejan a sus hijos por unas horas (¡que ojalá fueran más!), buscando, por un lado, librarse de ellos, y, por el otro, que no los maten muy ligero en las calles.

Acompañada del discurso omnipresente de los "derechos" y de la "pedagogía del amor y la tolerancia", la escuela abrió sus puertas para toda la pluralidad que quisiera entrar, asegurándole la permanencia incondicional.

La nueva escuela, conmovida como nunca, suave y afectuosa, se presenta transformada, ha dado un gran vuelco, producido en gran medida por el impacto del discurso de una Psicología barata que predica como pilar profiláctico de la salud psíquica la "evitación del trauma a toda costa", y por el impacto de las balas que mataron a muchos maestros, cuya muerte, algunos se atreven a decir, la tenían bien merecida por rígidos y exigentes con los pobres muchachos. Esta nueva escuela se presenta armada de una permisividad pasmosa, encubierta muchas veces bajo la palabra tolerancia.

Si para ganar el año no hay que hacer ningún esfuerzo académico, para mantenerse en la institución, menos hay que hacer esfuerzo de tipo conductual. La "tolerancia" y el "respeto" a los derechos saltaron al tablero y desde allí lo gobiernan todo. No hay acción, palabra o gesto que en la escuela no pase por el tamiz de estas palabras, hemos llegado a extremos tales, que saludar a un alumno y esperar que responda al saludo es interpretado como violar el derecho al libre desarrollo de su personalidad. Otra cosa es todo lo que se permite en las instituciones educativas; bajo el amparo del código del menor, los alumnos cometen desde lo que puede verse como verdaderos delitos (prenderle fuego a la cabeza de sus compañeras, herir con armas blancas o de fuego a compañeros o profesores, extorsionar a los dueños de la tienda escolar), hasta lo que para padres de familia y otros agentes educativos, ha pasado a considerarse como cosas menores (robar, consumir y distribuir drogas en la institución, destruir los muebles y enseres o masturbarse en público). Todo esto se hace ante la mirada complaciente de padres de familia, administradores, maestros y jueces de menores, que al unísono repiten que aunque haya falta grave, niños o jóvenes no pueden desescolarizarse, porque al hacerlo se les estaría violando el derecho a la educación, y esto es sagrado, más sagrado que la vida o el cuerpo del compañero herido.

El discurso dogmático y omnipresente de los derechos ha ocupado el lugar que debería ocupar la exigencia del mínimo respeto que se debe tener por el otro y que es necesaria para vivir en sociedad.

El estado se llena la boca pregonando el aumento de las tasas de escolaridad y de permanencia en las aulas, permanencia debida en gran parte a la no repitencia y a la tolerancia de conductas agresivas y dañinas dentro de las instituciones educativas. En esta dirección, es fácil reconocer aquí una de las nuevas metas del sistema educativo, que ha terminado por ahogar, entre otras, la meta de la adquisición de conocimientos, se trata de la "libertad personal del alumno", meta bastante clara en Europa, y que en nuestro caso, emparenta muy bien con el cuento de los derechos y la tolerancia.

En un acto supremo de reconocimiento personal, al niño y al joven se les ha otorgado pleno status social, tal reconocimiento apunta a la libertad de hacer lo que quieran, pero no a la obligación de responder por sus actos. Este discurso señala que si algo define al ser humano, es la libertad, por eso, ésta debe fomentarse desde la infancia, el niño y el joven, dicen los psicólogos y los pedagogos, debe crecer en libertad, por lo tanto, debe erradicarse de su vida la norma y la disciplina que sólo sirven para ponerle trabas a su libertad y para volverlo un ser solitario y miedoso. Así, en aras de la suavidad de los discursos que buscan evitar tocar la frágil sensibilidad del niño y el joven, por ejemplo, el término "reglamento" ha sido proscrito de los colegios, decir hoy reglamento es una herejía que se paga en la hoguera del señalamiento social. La palabra reglamento no debe usarse en presencia de una persona menor de 25 años, ya que causaría serias lesiones a su estructura psicológica, lesiones irreversibles ya que la magnitud del trauma podría deteriorar no sólo áreas extensas del lóbulo frontal, sino, marcar toda su conducta posterior, atrofiar su autoestima y crearle ideas irracionales sobre sí mismo y el entorno.

A propósito de lo anterior, "autoestima" es otra palabra que ha pasado a ocupar un lugar privilegiado en el Olimpo educativo. Todo, absolutamente todo lo que haga o diga un maestro, debe ser muy bien pensado y calculado, ya que podría dañar y afectar seriamente la autoestima del estudiante. Por el miedo a que esto pase, son muchas las cosas que se callan y se evita ver y señalar en las instituciones educativas. Se ha llegado al punto de decir que el maestro no debe señalar, y mucho menos corregir, los errores que cometen los alumnos, sean del tipo que sean, pues al hacerlo le está infligiendo un grave daño a una personalidad apenas en formación, bajándole la autoestima y poniéndolo en la vía del fracaso.

Dentro de esas cosas que han pasado a considerarse como atentados contra la libertad de los alumnos, también se encuentra el cumplimiento de las tareas y la preparación de exámenes, cosas que implican una "obligación" o "compromiso". Si algo tiene claro el discurso pedagógico actual, es que los niños y jóvenes no deben hacer nada "obligados", los únicos que tenemos obligaciones somos los adultos, seres amargados, resentidos y tristes, que agobiados por el peso del principio de la realidad arrastramos nuestros pies por empresas, fábricas y hogares, exhibiendo la miseria humana, en un espectáculo que no deberían contemplar niños y jóvenes, pues esto también los traumatiza.

Al unísono, se repite que los menores sólo deben conocer la dicha, la felicidad que brinda una vida libre de compromisos, de tareas que cumplir. La infancia y la juventud, son jardines que hay que dejar crecer libremente, dicen de manera poética psicólogos, jueces, pedagogos y publicistas, abanderados de esta campaña en pro de la nueva educación.

El cuento de la libertad ha descentrado también al maestro, figura triste que de ser comparado, en otras épocas, con el policía, ha pasado a ser considerado como el sirviente,

alguien presto a satisfacer los deseos del amo; de inspirar miedo y respeto, ha pasado a inspirar lástima y risa. El maestro ya no es maestro, alguien que posee un saber y puede transmitirlo, sino alguien que acompaña las horas en las que los estudiantes hacen lo que quieren, pues es poco lo que él puede exigir. Por eso, los currículos se volvieron flexibles y pobres, hay que contar con lo que se vive en el medio, con la voluntad del estudiante, con sus necesidades, y hasta con sus traumas, lo cual deja poco margen para una mínima formación a la que bien podría aspirar un bachiller de nuestro país. Para enseñar lo poco que queda, no se necesitan personas muy capacitadas, para hacerse el de la vista gorda frente a todo lo que se ve en un patio de recreo o en un salón de clase de una institución educativa, tampoco; debe ser por esto, que por ley, también se ha determinado que cualquiera puede ejercer la profesión docente.

Señala la autora que debido a la situación tan difícil, muchos maestros prefieren abandonar la profesión, desmotivados y cansados. Respecto a esto, en nuestro país es rara la renuncia de un maestro, pues como las cifras de desempleo lo indican, no es fácil encontrar empleo en otra cosa, también, porque a pesar de todo, después de algunos años de ejercicio profesional, los maestros se van "acomodando" a su trabajo y permanecen en el puesto mucho tiempo. Así, la gran mayoría de docentes del sector oficial ya están jubilados y continúan en sus puestos, pues tienen, por ley, derecho a quedarse hasta los sesenta y cinco años, devengando sueldo y pensión, hecho que parece ayudar, no sólo a subir el maltrecho ingreso, sino, a soportar las múltiples dificultades que se presentan en las aulas.

A propósito de esto, se habla de altos índices de consulta por enfermedad mental entre el gremio docente, consultas que en alto porcentaje se convierten en reclusiones periódicas en manicomios y casas de reposo. Situación que ha dado pie a chistes y bromas en los que se cuestiona seriamente la salud psíquica de quienes se dedican a formar las nuevas generaciones. No puede desconocerse, desde ningún punto de vista, que la labor docente en nuestro país, con las condiciones que reinan no sólo en las grandes ciudades, sino en el campo, es una labor supremamente dura, estresante y mal remunerada, que lleva implícitos ciertos riesgos profesionales que afectan no sólo el aspecto físico, sino el psíquico de quienes se dedican a ella, máxime, cuando las nuevas reformas estatales han suprimido períodos de vacaciones y han aumentado las horas de trabajo semanales. Sobra, igualmente decir, que desde tiempos inmemoriales se han enloquecido los maestros, como se han enloquecido sujetos de otras profesiones, cada uno a su manera.

En aras de la "adaptación al medio", muchos maestros de vieja data han terminado por cambiar, aunque sólo sea en apariencia, sus esquemas pedagógicos, personales y didácticos, asumiendo el modelo de educación "light" que predica el estado y reciben con beneplácito estudiantes y padres de familia.

Aunque han cerrado sus puertas algunas facultades de educación, todavía siguen ingresando a la profesión docente personas que, desconocedoras en gran medida de la legislación laboral y educativa, ven en esta profesión una opción futura de trabajo. Muchos de ellos son personas aburridas en otras profesiones, mujeres cansadas de estar en la casa desempeñando oficios domésticos y jóvenes que vieron negado su ingreso a la universidad por la vía de otras carreras más lucrativas y de más status social. Otra cosa son los profesionales de otras áreas diferentes a la pedagogía, que cansados de buscar empleo en su saber específico, terminan de maestros, amparados en la nueva legislación que les ha dado pleno derecho para ingresar al gremio.

Vistas así las cosas, no se muestra, en la actualidad, muy alentador el panorama de la profesión docente en nuestro país; y no lo será en el futuro, pues las generaciones actuales de normalistas y licenciados han sido formados, desde la primaria, en este discurso pedagógico que venimos presentando. Como hecho nuevo, hoy, en algunos colegios se confunden alumnos y docentes, no sólo por la juventud, sino por la mentalidad y posición de los segundos frente a la norma y la adquisición de conocimientos. La pedagogía del "pobrecito" y del "amor" parece estar bien arraigada en estas neo generaciones de maestros a quienes no es raro escuchar decir que "los jóvenes sólo necesitan amor y libertad para crecer sanamente, que el conocimiento no es necesario en la vida". Aquí podría señalar las serias dificultades que encuentran muchos docentes universitarios en clases impartidas en facultades de educación, en las que resulta particularmente difícil la exigencia intelectual, la concentración en el trabajo y el cumplimiento de las tareas y obligaciones académicas por parte de los futuros licenciados. Por ejemplo, todos quieren ganar, a toda costa, las asignaturas, una gran mayoría no acepta que se le corrijan sus trabajos y quieren una nota excelente por cualquier cosa que hagan, así no cumpla mínimamente con los parámetros establecidos; tienen por norte la filosofía del "menor esfuerzo", según la cual, el maestro tiene que valorar cualquier cosa, porque ella, por mala que sea, necesitó un esfuerzo y esto es lo que vale. Son pues, maestros en potencia, con mentalidad de alumnos de primaria o bachillerato. Así, es dudoso esperar que la situación mejore en los próximos años.

Volviendo a los estudiantes en general, en una cita, un poco extensa, la autora presenta el testimonio de un joven profesor francés, que igualmente, parece sacado del diario de un profesor nuestro, veamos:

"...sus estudiantes de formación profesional no entienden instrucciones y no tienen conocimiento previo alguno. Su único lenguaje es la jerga juvenil. Vienen a clase cuando les apetece, dan explicaciones fantasiosas y repiten absurdos aunque el profesor les haga ver la imposibilidad de sostener lo que dicen. Una respuesta típica cuando se les corrige por algo es decir que "fue una broma". No aceptan ningún tipo de responsabilidad por su trabajo escolar. Dicen no tener dinero para comprar un cuaderno pero visten ropa de marca y tienen el último modelo de teléfono móvil. Son chicos de dieciocho años incapaces de concentrarse más de una hora, que por cualquier ruido se distraen e interrumpen su actividad. Su autoestima es tan baja que a veces interpretan una simple instrucción como un ataque personal insufrible. Viven

en el presente en el sentido de que consideran sin importancia todas las referencias a lo que se ha dicho o hecho anteriormente, a la vez que son incapaces de hacer planes para el futuro. No se orientan en el mundo por el pensamiento sino por el sentimiento. Durante una excursión, el profesor se sorprende de que constantemente quieran comer o ir al lavabo. En otras palabras, su desarrollo físico, social y psíquico es semejante al de un niño preescolar mientras sus cuerpos ya poseen la fuerza física del adulto. Las palabras que tienen constantemente en la boca son sus "derechos" y el "respeto" que exigen, lo cual suena hueco porque ellos mismos no respetan, para empezar, el derecho a la educación de sus propios compañeros". [3]

Prácticamente no hay necesidad de comentar la cita, sólo resta decir, de manera parroquial, que si por allá llueve, por aquí no escampa. La gran mayoría de nuestros jóvenes del nivel de bachillerato y universitario, parecen estar narcotizados por un sistema educativo, social y familiar que los trata eternamente como niños indefensos, como víctimas y como débiles mentales, sin capacidad de responder por sus actos, sin compromiso personal o social, sin interés por el conocimiento y repetidores del discurso vacío de los "derechos", que ha terminado por convertirse en un discurso circular del que es imposible salir, pues todos lo repiten y apoyan, unos por miedo, otros por comodidad, una gran mayoría porque creen en él, y unos más, porque así se ganan la plata.

Lo concreto es que si no se toman medidas serias, el asunto cada vez tomará dimensiones mayores, y cada vez será mayor, no sólo la vergüenza por los pobres resultados obtenidos en los exámenes nacionales e internacionales que presentan los estudiantes colombianos, sino, ojalá surja algún día, la vergüenza en la mentalidad de un país que desde hace muchos años se empeña en vivir en el "estado de naturaleza", no intentando siquiera poner el más mínimo dique a la pulsión, que como en los otros escenarios nacionales, campea en las aulas, destruyendo todo a su paso.

Los optimistas bien podrían decir, que al menos en este punto, Europa y América se tocan, se acercan en una hermandad jamás conocida, que, a fin de cuentas no estamos tan mal, porque si ellos, que nos llevan siglos de ventaja, están mal, realmente no podemos quejarnos. Me parece que este no es un consuelo plausible, hermanarnos y compararnos en la ignorancia, en el irrespeto por los otros y en el desprecio por el conocimiento, no sólo es signo de decadencia, sino, también, de barbarie.

[1] Enkvist, Igner. *El discurso europeo actual sobre la educación. Ejemplos de Suecia, Inglaterra y Francia*. Revista Debates #37. Ed. Universidad de Antioquia. 2004.

[2] *Ibid.* Pág. 4

[3] *Ibid.* pág. 7